

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

El terremoto.

La noche iba á ser reemplazada por el dia mas hermoso que han visto los siglos. Cerca del Calvario hay un sepulcro sellado por Pilatos, y custodiado por una guardia de soldados romanos. Los fariseos habian pedido estas precauciones al Gobernador romano para impedir el cumplimiento de las profecias, ó temerosos de que los discipulos arrebatasen el cadáver de su Maestro. ¡Qué insensatos! Habia llegado la hora del glorioso acontecimiento.

De súbito comienza un ruido misterioso que pone en alarma á los soldados; la tierra tiembla bajo sus piés; un ángel del cielo parecido á un guerrero se precipita del cielo al sepulcro como un rayo, Jesús se eleva de su tumba resplandeciente y victo-

rioso, el ángel pone la piedra á la derecha y se sienta sobre ella. Los soldados caen en el suelo como atacados de una apoplejía. Cásio, jefe de la guardia que despues de convertido se llamó Longinos se levantó el primero, y viendo el sepulcro iluminado, acercóse animoso, tocó los lienzos, se convenció de la verdad, y se retiró, marchando á Jerusalem sin pérdida de tiempo á poner en conocimiento de Pilatos la resurreccion de Jesucristo.

Entre tanto el Salvador resucitado lo primero que hizo, fué aparecerse á su Madre para consolarla con la gloria de su triunfo, de las tristezas y amarguras que habia sufrido durante la Pasion, y en las horas de angustiosa soledad.

Estaba hermoso y radiante. Su vestido, parecido á una capa ó

manto real, de un blanco azulado flotaba con gracia tras de sí; sus heridas estaban resplandecientes; de las llagas salían rayos de luz suavísima y su rostro brillaba como el sol.

Cuando el cielo comenzó á relucir al Oriente, Magdalena, Maria hija de Cleofás, Juana Chusa y Salomé salieron del Cenáculo envueltas en sus mantos. Llevaban aromas. En el camino del Calvario conferenciaban sobre su amado Maestro, y se preguntaban entre sí con inquietud: ¿Quién nos levantará la piedra del sepulcro? Porque era muy pesada. Su objeto era rociar el cadáver de Jesús con agua de nardo y aceite odorífero, y echar sobre él aromas y flores. Llegado que hubieron al sepulcro, al ver á los soldados tendidos en el suelo, tuvieron miedo, y retrocedieron un poco. Acercáronse mas animosas, y al ver dos ángeles vestidos de blanco, se asustaron, y cubriéndose los ojos con las manos, se prosternaron hasta el suelo. Pero un ángel les dijo que no tuvieran miedo. ¿Buscáis, añadió, al Crucificado? Resucitó, no está aquí. Les mostró el sepulcro vacío, y les mandó que notificaran á los discípulos lo que habían visto y oído.

Las santas mujeres, temblando

pero llenas de gozo, se volvieron hácia la ciudad. Cuando llegaron al Cenáculo, algunos discípulos estaban todavia durmiendo; otros estaban levantados, Pedro y Juan abrieron. Así que recibieron la fausta nueva, comenzaron á entonar cánticos de alegría, mientras Pilatos y los fariseos y los verdugos de Jesús estaban azorados, y no acertaban á explicarse tan extraño suceso.

Así sucedió entonces y así sucederá siempre. Jesucristo reina, Jesucristo vence, Jesucristo tendrá hoy y siempre el imperio del mundo, Si no quieren los hombres el reinado de su amor y de su misericordia, tendrán que sufrir el cetro de su justicia.

— — —

El triunfo de Jesús.

—

Resucitó, no está aquí.

El mundo católico conmemora gozoso la victoria de Jesucristo sobre la muerte, su triunfo glorioso sobre el pecado, la derrota de los impíos, la humillacion de los tiranos y el reinado de la luz, de la libertad y de la justicia por medio de la gloriosa resurreccion del Crucificado. Las tinieblas del Calvario han sido disipadas por el sol de la resurreccion, nuestra fé recibe un sello divino que no podrá ser roto por el sofisma,

nuestras esperanzas eternas han sido aseguradas, y todo el cristianismo ha sido fundado en el hecho indestructible, luminoso, trascendental y conmovedor de la Resurrección. Desde entonces todo se explica por gloriosas resurrecciones, quedando como borrados de la historia cuarenta siglos de extracción, de tiranías, de cadenas, y corrupciones que ponían de manifiesto la radical impotencia de la razón humana para sanar al mundo enfermo de muerte, y la necesidad de la Redención prometida por Dios, y realizada por su Enviado Jesucristo.

Resucitó el Salvador, y con él y por su virtud resucita en el mundo todo lo que está muerto, las almas, la conciencia, los afectos legítimos, los derechos hollados, las creencias olvidadas, las esperanzas fallidas, las virtudes menospreciadas, la dignidad humana, el honor de la familia y el buen concierto de las sociedades.

Un sepulcro es la nueva cuna del género humano, un ajusticiado su libertador, y una Cruz la enseña de su libertad.

No hay necesidad de poner á discusión un hecho que llena el espacio de 19 siglos con sus luces divinas, con sus gloriosas trans-

formaciones, y con sus victorias inmortales, señal infalible de triunfos infinitos.

Si Cristo no hubiese resucitado, decía el Apóstol, vanasería nuestra fé y vana nuestra esperanza. Su sepulcro no sería un foco de luz y de vida, sino de corrupción y de tinieblas; la Cruz no hubiera ondeado sobre las cimeras de Jerusalén la ingrata, ni sobre las colinas de Roma la altiva, ni hubiera rendido á sus piés la soberbia de los Césares, el orgullo de los filósofos, la ambición de los grandes, y el avasallador predominio de la fuerza bruta, pero resucitó Jesucristo, y Jesucristo es el Hijo de Dios, el Libertador prometido, el Salvador esperado, puesto que el mundo ha resucitado á una vida nueva, noble, gloriosa, divina por la gracia y el poder de Aquel que muriendo venció á la muerte, y resucitándonos dió la vida.

Es en vano que la impiedad moderna agote el diccionario de los dictérios y de las calumnias para hacer odiosas nuestras creencias y arrebatarse á Jesucristo el cetro de las almas. Jesucristo reinó ayer, reina hoy y reinará mañana en las inteligencias por la verdad indiscutible de su doctrina, en las almas por el mágico poder de sus gracias, y en los co-

razones por la sentida necesidad de sus consuelos.

Dueño es el hombre de aceptar, ó rechazar esas doctrinas, esas gracias y esos consuelos. Pero es indudable que rechazando las medicinas de la Redención morirá de muerte cuanto en él debía vivir para su engrandecimiento, para su consuelo y para su dicha. Aceptando con gratitud este inmenso beneficio, combatiendo el pecado que engendra esclavitud y dá la muerte, haciendo que florezcan en nuestro corazón todas las virtudes, y procurando que mueran todos los vicios, habremos realizado en nosotros el ideal cristiano, cifrado todo él en que resucitemos ahora por la gracia de Jesucristo para subir con él dentro de poco al glorioso reino de su Padre.

Z. M.

VARIEDADES.

Lo que puede la Fé.

(Continuación.)

Entre tanto dieron las cuatro; luego las cinco.... y nada. Mad R.... no se turbó por esto; aunque su marido le había dicho que á las seis en punto volvería, y los trabajadores debían presentarse á cobrar su semana, pocos minutos mas tarde. Fué solo á postrarse otra vez á los piés de la imágen de su querido Protector, y le recordó dulcemente que

el término señalado se acercaba, y que antes de tres cuartos de hora, necesitaba le restituyese los ochocientos francos.

Las saetas del reloj seguían sin embargo implacables, su marcha acompañada: solo faltaban ya unos cuantos minutos para las seis: Mad. R... creyó debía pasarlos ante la imágen querida, renovando á su Santo predilecto la expresión de su fé y de su amor.

—Mi buen Santo, le dijo, bien sabeis cuanto os amo!... no me abandonéis en mi ansiedad! Os he prestado los ochocientos francos, hasta las seis tan solo, y ya veis cuan poco falta...

En aquel instante el sonido de la campanilla interrumpió su oración. Mad. R... oyó que preguntaban por ella, y se levantó á seguida, tranquila, serena, sin impaciencia alguna; para salir á ver lo que deseaban. El recién llegado le era completamente desconocido.

—Señora, le dijo éste, se me ha contado por varias personas, que según parece os conocen muy bien, que os ocupáis de algunas obras de caridad que me inspiran el mayor interés. Tenía hace tiempo deseos de contribuir á su sostenimiento con una pequeña cantidad, y os suplico encarecidamente la aceptéis, empleándola en aquella que vos misma elijáis. Aunque muy ocupado he querido, no sé por qué, entregárosla yo mismo esta tarde; pero ahora habreis de permitir que me retire, pues tengo todavía bastantes cosas que hacer antes de la noche.

En el momento mismo de despedirse el desconocido, daban las seis.

La esposa de Mr. R... abrió inmedia-

tamente el sobre que acababan de poner en sus manos: dentro de él encontró ocho billetes de cien francos.

Inútil parece añadir que Mad. R... corrió una vez más á arrodillarse, trémula de emoción, á los piés de la imagen de su buen Protector; para darle gracias, de lo más íntimo de su corazón, por aquella prueba indudable de bondad y de amor. Pero las lágrimas embargaron su voz, y durante algún tiempo solo así pudo expresarle su inmensa alegría y su profundo reconocimiento.

Hace muchos años que este suceso, de cuya entera exactitud podemos responder, nos fué referido y deseábamos darlo al público; sino para ejemplo, porque hay hechos que no todos están llamados á imitar, como estímulo al menos de nuestra fé siempre tibia y vacilante. Mas en aquella época Mad. R... vivía aun, era muy conocida lo mismo que su esposo, por su caridad verdaderamente inagotable, y su humildad hubiera sufrido, de llevar á cabo nuestro propósito.

Hoy podemos ser discretos, porque Mad. R... ha muerto. Dios no quiso prolongar por más tiempo la prueba, ni hacer esperar mas la recompensa. Su vida entera, consagrada á la práctica del bien la hacía sin duda digna de esta gracia.

Feliz ella! Tal vez al salir de esta vida y entrar en los esplendores de la gloria habrá merecido oír de boca de Jesús, las palabras con que alabó, en otro tiempo, la fé ciega, inquebrantable, del Centurion de Cafarnaum: «*En verdad os digo no he hallado nunca hasta ahora, tanta fé en Israel.*»

Cuadros al fresco.

II.

Entrando en el comedor.

—Ya estoy de vuelta, amigos míos. Buenos días, cónyuge. Dolorcitas, sobrina mía, un beso. ¿Cómo está tu mamá, mi hermana?

—Perfectamente, tía.

—Y nosotros malamente. Con este ir á Misa de una, se almuerza á las dos de la tarde.

—A bien, marido mío, que tú por la Misa puedes almorzar á todas horas, puesto que no vas á ninguna.

—Hay gustos diferentes. En cambio mi querida sobrina habrá oído tres ó cuatro por las que pierde su tío. ¿Verdad, Lolita?

—Tanto como eso, no; pero es cierto que hemos estado en dos; una en la que hemos comulgado, y otra la mayor de la parroquia. ¿Qué menos se ha de hacer en estos días de Cuaresma? Y á la verdad, si pudiera te cedería una de ellas, porque desde los siete años es pecado mortal quedarse sin Misa el día de precepto.

—Bueno, bueno, no disputemos; respeto lo tuyo, pero no creo una pizca en la manera que muchas, así como tu tía, van á cumplir sus obligaciones.

—Claro, por la razón de que soy tu mujer.

—No, no. Por las razones siguientes: Primera, porque te he visto salir á la una dada y no has podido llegar. Segunda, porque llevas un magnífico libro donde no has leído.

—¿Tú qué sabes....?

—Tercera, porque con el magnífico rosario de oro no has rezado ni un solo misterio. ¿A que no...?

—Tiiito, ¿por qué dices esas cosas?

—Porque goza en ponerme en ridículo á tus ojos.

—No es cierto. Lo digo porque sois muchas las que los llevais, no como objeto de devoción, sino como rica pulsera que sienta bien con todos los trajes. Sí, querida sobrina, ésta pertenece al género de un poquito de Misa, un poquito de ayuno, otro de música, otro de crítica, otro de jubileo, otro de baile, etc., etc.

—Muy bien; mas no me has de negar que el viernes por la tarde estuve indispueta por la comida de vigilia, y ayer todo el día, por cuya razón no he madrugado, y...

—¿Pero tú madrugas algún día?

Un criado empieza á servir un plato de salmon.

—Yo no como pescado habiendo comido carne. En Cuaresma no se puede promiscuar, dice Lolita.

—Criatura, si es salmon, mira qué color de carne tiene.

—Tío, por Dios, eres muy poco escrupuloso.

—Y tú demasiado, replica la tía. ¿No es hoy domingo?

—Sí, tía mia, y nada tiene que ver, porque estamos dentro de la Cuarema.

—Sí, pero el domingo no se ayuna aunque es Cuaresma.

—Justo, pero no se puede promiscuar

—Pues, hija, yo voy á comer. Eso es escrupulo de mogigata. Mira no se necesita hilar tan delgado.

—¿No te lo dije? Tú piensas hácia arri-

ba y yo hácia abajo, y tu tía ni se queda en la tierra conmigo, ni quiere seguirte al cielo. Ella permanece en el aire mirándonos á tí y á mí con lástima, y creyendo tan fresca que cumple con el precepto. ¡Es tan cómodo tener un piececito en cada lado!!

—Y así es, es efecto. Los dos sois extremos y estoy por el justo medio.

—Lo cual es muy cómodo, tía mia, pero no es lo que manda la Iglesia.

LEON ABADIAS.

LA LIMOSNA.

¿Qué es la limosna? esa limosna que se da al pobre en la calle, á la puerta del templo ó de la casa?

En lo material muy poca cosa, casi nada, poner una moneda insignificante, de ordinario la de menos valor de todas las que se acuñan, en manos de un desconocido quizá, ó dar una prenda de vestir ó unos zapatos que ya no se usan y hasta hacen estorbo en casa, á una persona harapienta. A la verdad que tiene muy poco mérito la limosna mirada bajo este punto de vista; pero esta acción tan pequeña en lo material ¡que sublime, que hermosa es mirada con la luz de la Fé! mirada como nos la enseña el Catolicismo, Religión Santa que todo lo eleva y hace grande cuanto va animado de su espíritu. Ella dice á los ricos. «Dad limosna en nombre de Dios.» Y á los pobres. «Pedid limosna en nombre de Dios.» Y hé aquí á los ricos y á los pobres unidos en santo lazo por la fé y por la caridad. Ya desaparece aquí lo pequeña que aparece la limosna

por la cantidad, y se la ve grande por los motivos con que se da y se recibe.

«*Ave-Maria Purísima*» hermoso modo de anunciarse. ¿Quién oye con indiferencia el dulcísimo nombre de su madre? «*Una limosna por amor de Dios,*» dice el pobre cristiano; que es como si dijera, no tengo bienes de fortuna, pero tengo fé, sé que Dios me ama y que si en la tierra sufro en lo material, no por eso estoy desamparado. El rico por su parte mira en el pobre no un desconocido con quien nada tiene que ver, sino un pobre como él; el cual, si carece de bienes de fortuna, puede muy bien ser rico en virtudes, y que, como él, ha sido redimido con la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, sabe que Dios ama á aquel pobre, por eso le mira con amor y hasta con respeto. «A los pobres no se les habla con malos modos, ni se les despiden con aspereza,» dicen las madres cristianas á sus hijos y criados. Si les dan limosna. «Tomad hermano» dicen al pobre. Si no se la dan. «Dios le remedia á V. hermano.»

Como si dijera: si te socorro no quiero humillarte, te llamo hermano, por recordarte que los dos tenemos nuestro padre en el cielo y que tu desgracia no durará siempre; que ante Dios no soy yo mas que tu, si no tengo mas virtud. Si te despido sin la limosna material, tampoco quiero afligirte: te llamo hermano y te recuerdo la gran confianza que has de tener en la bondad y misericordia de Dios; por mi parte espero mas por causa de ti, que lo que te puedo dar, puesto que al socorrerte, Dios me promete el ciento por uno.» Bellísimo

lenguaje entre pobres y ricos, sentimientos novilísimos que solo la virtud sabe despertar en el corazón del hombre.

Por fin, el pobre cristiano cuando recibe la limosna. «¡Dios se lo pague á V. hermano» dice el pobrecito! A la vez que demuestra agradecimiento, confiesa también su fé, parece que no quiere recibir aquella pequeña limosna sin ofrecer la recompensa; muchas veces reza además un Padre Nuestro. ¡Oh! que bien paga el pobre cristiano la limosna que se le dá; recibe una cosa de muy poco valor y devuelve una oración de alto precio, que llega hasta el trono de Dios. Tal es la limosna entre ricos y pobres verdaderamente cristianos.

Y, ¿qué es la limosna según el espíritu del siglo? Aquí cambia todo; el pobre parece que es un estorbo, puesto que se le quiere hacer desaparecer de todas partes; en algunas poblaciones no se le permite en los paseos, ni subir á llamar á las puertas de las habitaciones. En todas partes parece ser una cosa repugnante: solo en la puerta del Templo ó del Monasterio se le ve algunas veces.

Ni pobres ni ricos se parecen en nada á los que acabo de describir; el pobre dice friamente. «Una limosna señorito» y el rico mas friamente aun contesta. «No tengo suelto.»

El pobre pide por sí y ante sí diciendo solamente, «no tengo, dame» y el rico si le dá, solo le dice «toma» como quien nada discurre ni nada tiene que ver con aquel ser desgraciado que tiene delante. Si le despide aun lo hace peor; no solo no le lleva ninguna palabra de consuelo al alma de aquel infeliz, sino que parece

que le hiere con la respuesta. «No tengo sueldo» ó lo que es lo mismo, «no tengo tan poco como tú mereces; todas las monedas que guarda mi bolsillo, son de mayor valor, por eso no te doy nada porque tengo mucho.» De este modo como si al pobre no le fuera bastante su pobreza para hacerle padecer, se le hace sufrir una humillación mas.

Si en algun sitio concurrido se le permite permanecer algunas horas, ha de ser á condición *de no pedir*; *de no ser molesto*, allí ha de estar como estatua, ha de pasar ante él el lujo y la opulencia hablando, riendo, ó lo que quieran hacer, y el pobrecito no ha de poder hacer uso de la palabra, única cosa que tiene suya; para pedir una limosna.

Cuán poco digno es todo esto y cuán poca caridad revela.

¿Por qué se apartará el hombre de las máximas santas de la religión Cristiana que tanto ennoblecen? parece inconcebible que el hombre quiera rebajar tanto su dignidad, que pudiendo elevar su alma al cielo y hacerse superior á cuanto le rodea por la nobleza y santidad de sus sentimientos y acciones, no pase de la tierra.

Muchos son los pobres que recogidos en las casas de las Hermanitas de los pobres ó desamparados, son cuidados con esmero y viven de la limosna. Pero aquí vuelve á aparecer la caridad cristiana. ¿Quién cuida á esos pobrecitos con tanto esmero? ¿Quién sufre sus molestias, su carácter áspero algunas veces á causa de la edad y los achaques? Las Hermanitas: ellas piden limosna para sus pobrecitos, les cuidan y asisten, y lo que

es mas aun, les enseñan á sufrir por amor de Dios, con una santa resignación todos los trabajos á que se ven sujetos.

Cuando estos pobrecitos son mirados con desprecio por cierta clase de gente, la Providencia Divina, que no abandona sus criaturas, les depara esos modelos de Caridad y abnegación que solo se encuentran en el seno del catolicismo; esas señoras que abandonando sus comodidades y sufriendo mil privaciones pasan su vida haciendo menos penosa la vida del pobre anciano.

¡Con cuánto trabajo recogen para ellos el alimento y el vestido! y sin embargo, no se quejan; ya que el pobre con sus harapos no seria bien recibido, la Hermanita con su hábito y su humildad, logra penetrar en la morada del rico y del pobre á implorar la Caridad, y cuando ha recogido la limosna, vuelve al lado de sus pobres y la distribuye con la misma humildad que la ha recogido.

(Se continuará.)

Colección

DE

Sermones, homilias y panegíricos,
obra original
escrita

POR EL DR. D. ZACARIAS METOLA Y CUENDE,
CANÓNIGO LECTORAL DE LA SANTA
IGLESIA METROPOLITANA DE BURGOS.

Cuatro tomos: en rústica 13 pesetas,
en pasta 16.

Los pedidos al autor, añadiendo una peseta 50 céntimos para franqueo y certificado.

Imp. CATOLICA, Huerto del Rey 13.